

plaza Vendôme, donde antes campeaba la estatua de Luis XIV, como si aun ciñera su corona; y al contemplarla tendida por tierra, no mostró la menor extrañeza; bajó prisionero donde había entrado Monarca; y al encontrarse ante aquellos mismos que le habían recibido el juramento constitucional, se quedó tan frío, sugiriendo á la Historia una gran duda, sobre si aquel valor era una virtud viril ó era una profundísima estolidez. Yo no quiero deshonrar á la especie humana; yo lo tengo por una gran virtud.

El Rey se apeó á la puerta de los Fuldenses, y el cervecero Santerre, comandante de la milicia republicana, lo llevó del brazo, desde su coche á la barra. Presidía Barrere, aquel político muy ondulado, ido en sus ondulaciones desde la derecha del Congreso Constituyente primero hasta la izquierda del Congreso Convencional republicano después. Si Barrere tuviera un átomo de vergüenza, comparara sus homenajes al Rey constitucional con sus insultos al Rey destronado, y huyera de sí propio, para huir de su propia conciencia. Mas, falto, sin duda, de remordimientos; poco habituado á reconvenirse dentro de sí mismo, como suelen todos los viciosos; afecto á sus medras y olvidado de sus historias, ejerció la Presidencia del Congreso aquel día, como hubiera podido ejercerla el más redomado é intransigente montañés. Ni un gesto de reverencia, ni una frase de atenuación á cuanto sucedía, ni un sentimiento de respeto, mostró aquel hombre olvidado de sí mismo, como si de sí mismo se olvidan todos los traidores, pues, teniendo un poco de memoria y otro poco de conciencia, no cometerían su traición. Así dijo: «ciudadanos de las tribunas, Luis está en la barra, y debéis dar una severa lección á los Reyes, y un útil ejemplo á los pueblos; callad y oid. Acordaos del majestuosísimo silencio con que acompañó el pueblo soberano á Luis al llegar á la capital en su regreso de Varennes, y guardad un silencio, que sea precursor del apercibido y necesario juicio». El Rey tomó asiento en el sillón que le sirvieron en el día de la jura constitucional. Gallardetes entonces, terciopelos recamados con áureas flores de lis; púrpura y armiño por todas partes; bordados uniformes, vistoso cortejo; las damas con sus multicolores vestiduras, los pajes con sus dalmáticas y sus plumeros, todo regio aún, aunque fuese la constitución democrática; y siendo todo regio todavía, se quejaba de que lo desacatasen, el Monarca; y entre sollozos pedía perdón á la reina, por haber asociado su persona y su nombre, á tan humillante ceremonia. ¿Cómo no presintió que le aguardaba un abismo aún más hondo y que se reuniría un Congreso aún más terrible? Pues nunca lo presintió. Ya fuese porque aguardase algo de los fieles vendeanos; ya fuese porque provocara confiado la intervención extranjera; ya fuese porque operara una reacción, según él, inevitable; Luis XVI no hizo nada por impedir la República y evitar la Convención; antes bien, lo hizo todo con sus repugnancias al parlamento, con sus conjuras contra la libertad, con su corrupción de todos los hombres ilustres, con sus odios al gobierno constitucional girondino, con sus temerarios retos á la plebe, con sus escandalosos perjurios ya conocidos, con su proceder pesimista en las

elecciones, con sus consejos de abstención á los diputados monárquicos, para que se rompiera por todas partes el salvador pacto constitucional y se viniera encima sobre su reino la irreparable catástrofe. Todos, menos él, tenían derecho á extrañarse de aquella situación y de aquel sitio; mas, para no demostrar ningún género de hondas emociones, el Rey no mostró ni aun la natural y lógica extrañeza. Muy arrellanado en su cómoda silla, con aire muy burgués, apareciendo no, como un protagonista, como un espectador, entretúvose durante los primeros minutos, en escudriñar con los ojos, dónde se hallaban los más célebres, entre sus implacables enemigos, el terrible Saint Just, el maquiavélico Robespierre, el fuerte Danton; el melodioso Vergniaud, el repugnante Marat, el sabio Condorcet, el intrigantísimo Brissot; mas como adolecía de una miopía irremediable, no pudo satisfacer bien esta curiosidad y vió los bultos con verdadera confusión, mas no las personas, de aquéllos que con solicitud buscaba. Nada se parecía el acto aquel á un juicio, más bien se parecía de suyo á un combate. No se veían allí jueces nombrados anteriormente al delito cometido por el supuesto reo; veíanse las víctimas de tal delito enorme, todas ellas con aire de guerra y de venganza, ninguna con aire de imparcialidad y de justicia. Los realistas de la Convención, pues algunos había en ella, se traspasaban de dolor y se retorcían al espantoso espectáculo, llegando este fanatismo fuera de la Convención, hasta el asesinato cometido por un monárquico en un convencional, tomando para tan enorme crimen por motivo, el regio espantable proceso. Mas, á pesar de que reinaban afectos tan hondos en el ánimo de los supersticiosos é intransigentes realistas de aquella sazón, á ninguno le fué posible durante la presencia del Rey en su barra, despedir una protesta grave á la frente de los verdugos, ni deslizar un consuelo humano, en el ánimo de la víctima. El Congreso tomó semblante y aire de tribunal supremo; la Presidencia parecía una magistratura; los diputados parecieron jueces; el acusador leyó con solemnidad un acta de acusación meditada é implacable; apareció como resignado el reo; pero todo aquello no era un juicio, todo era, ya lo hemos dicho, un desquite.

Mientras el Rey se mostraba tan estoico en la Convención, mostrábase la real familia loca de dolor en el Temple. Aunque rezó mucho ante la ventana, como hemos dicho, por donde le llegó el rumor de la partida del Rey; en algunos instante la fuerza del dolor les interrumpía el rezo y los obligaba, con obligación coercitiva incontrastable, á comunicarse los afectos y los pensamientos á sus almas sugeridas por aquella terrible situación. Ya se había ido el Rey, exclamaban, solamente Dios podrá saber si volvería ó no. Parecía casi imposible, dados los odios de tantos comuneros y convencionales demagógicos, pasase incólume Luis del Temple á la Convención. ¿Qué le dirían en sus acusaciones? ¿Qué cargos le harían para justificar las crueldades revolucionarias? ¿Le condenarían en seguida, y condenado, lo ejecutarían aquellos bárbaros sin piedad? ¿Cuál sería la terminación de tan espantosa jornada? El beso de Judas, el tumulto de los sayones, la be-

bida del Olivete, la entrada en el Pretorio, todos los dolores de Cristo, se recrudecían de nuevo, según su familia, en la terrible pasión de Luis. Las princesas, dirigiéndose tales preguntas entre sí mismas y contestándose con incoherencias, habían perdido todas sus antiguas reservas, entre las olas y los azotes de su naufragio. Así Antonieta, de suyo tan soberbia, callada siempre ante los comisarios municipales, por un menosprecio nativo de la plebe, que le impedía dirigir á los plebeyos la palabra, dirigíase á cualquier comunero demagogo y á cualquier guardia republicano, en circunstancia tan excepcional, interrogándoles sobre la suerte de su esposo. La hora de comer sonó, y Luis no volvía. Siguiendo el ritual ó etiqueta de la corte, asentóse á esta hora la dinastía en torno de la mesa, mas nadie comió. Al ver vacío el sitio destinado á Luis XVI, cubriéronse las princesas el rostro con las manos y lloraban á todo llorar lágrimas acerbadas. Después de la comida, mientras Antonieta con un comisario municipal hablaba, Clery, el fiel Clery, pudo un poco departir con Isabel sobre las regias desgracias. El ayuda de cámara, sentíase muy contrariado y triste. La comunidad revolucionaria, en aquel momento mismo, resolvía separar al Monarca de su familia. ¿Qué sería de todos? Isabel se recogió en sí misma, y enjugándose las copiosas lágrimas, habló de la suerte del Rey con voz entera y ánimo sereno, como pudiese hablar de la suerte reservada por el destino á cualquier extraño. Para ella no había lugar á ilusión alguna; el Rey estaba condenado con anticipación á muerte por los convencionales, dijera lo que dijera Luis, hablaran lo que hablaran sus defensores. Su buena hermana le creía víctima del amor que sintiera Luis XVI hacia el pueblo, en cuya felicidad empleaba todas sus fuerzas y absorbía todos sus sentimientos. Mas el pueblo no le comprendió nunca, imaginándolo su tirano, mientras más trabajaba en su favor como un padre. Mas estos engaños del pueblo no conturbaban la serenidad del Rey. Su paciencia nativa, y su religión, desde la cuna practicada, le hacían superior á la muerte y le inspiraban desdén estóico á los verdugos. Ya sabía Isabel por sí la imposibilidad absoluta de que su familia se comunicase con el Monarca; merced á esta certidumbre recomendaba con recomendación insistente, al cuidado y solicitud de Clery, quien aseguraba estar decidido á servirlo como un perro en el cautiverio, cual como un perro le sirviera en el trono. Mas, para Isabel habían los convencionales decidido completamente la suerte de Luis; y aunque la sentía y la lloraba, decía no encontrar ocasión y modo, no ya fáciles, ni oportunos, ni posibles, al requerimiento y busca del remedio. En sus proféticos presentimientos, en sus ideas devotas, en sus diarias cavilaciones, Isabel aprendía, que preparaban á la pobre Antonieta, una suerte muy semejante á la suerte del Monarca, y se disponían á impelerla desde las piedras del Temple á las tablas del cadalso. Tal aprensión la llenaba de horror. Aun el carácter de Luis, su reinado, su jefatura del gobierno, las disposiciones tomadas en el combate á que le constriñera una obligación incontrastable, podían justificar, que lo persiguiesen, que lo atormentasen, que lo encerra-

ran dentro del Temple, que lo condujeran al patíbulo; mas, la pobre reina, según su cuñada, no había cometido falta ninguna, capaz de provocar y de justificar una capital sentencia. No obstante las calumnias divulgadas por todas partes y los rumores calumniosos difundidos hasta las últimas capas y esferas del pueblo, habíase mantenido Antonieta, según Isabel, fuera de la política por completo, y no encontraba medio justo de suponerle ninguna responsabilidad; y menos la tremenda supuesta por un terrible juicio público y una implacable sentencia de muerte. Tales cosas en el Temple se decían, mientras Luis XVI escuchaba el terrible alegato fiscal de acusaciones abrumadoras, en la ceñuda é implacable Convención.

Volvamos á ella; volvamos á la Convención. Como hemos visto, presidíala en tal supremo instante un hombre como Barrere, abominable y abominado, Merece tal hombre todos los anatemas de la conciencia y de la Historia. Moderadísimo por temperamento, sensato por carácter, conciliador de suyo y no combatiente; con opiniones é ideas conservadoras, con una propensión incontrastable al orden y á la estabilidad; parlamentario en la primer Constituyente; girondino en el Congreso legislativo, á pesar del afecto envidioso que la dulce voz y la magna elocuencia de Vergniaud despertaban en sus entrañas; crítico severo de Robespierre, mientras Robespierre no llegara en sus vuelos al pináculo de la dictadura; fué jacobino en los clubs, montañés en la Convención, demagogo en todas partes, cuando las pasiones demagógicas tiranizaban á Francia, yendo por amor desordenado á la vida y repulsión invencible á la muerte, hasta las más indecentes apostasias y más sucias traiciones. Aspirante á orador, y no habiéndole concedido naturaleza más dote de tal arte que la memoria, Barrere, ensartaba en arengas, parecidas á confusas galimatías, conceptos y más conceptos ajenos y plagiados, conceptos nunca bien digeridos ni asimilados por su propio entendimiento, y que le llevaban á sostener el pro y el contra en un solo acto y en un solo discurso, convirtiéndose así los triunfos oratorios, á que aspiraba con tanto empeño, en irreparables derrotas, vejatorias de su nombre y menguadoras de su fama. Con tal que le permitiesen y le dejasen vivir, Barrere se hacía sayón de todos los jueces protervos, ayudante de todos los infames verdugos. No podía, en conciencia, el retórico apologista de Luis XVI durante la primera época parlamentaria, convertirse luego en acusador de su deificado, interrogándole, al aparecer Luis XVI en la barra y él en la presidencia, y desde la presidencia, con aires y con gestos rayanos en el grosero insulto y en la feroz calumnia. Por una desgracia, ya recordada otras veces, por una desgracia de la Gironda, el filón de que Barrere extrajo las preguntas dirigidas á Luis XVI, se hallaba contenido en un discurso del Apolo de la Gironda, del marsellés apuesto y artista, que se llamaba Barbaroux. Y, en este filón se hallaba, dictado por las competencias con los montañeses á los girondinos, el resumen de todas cuantas acusaciones dirigiera la revolución á la monarquía en sus titánicos encuentros. Pero, la frase más dura, la más grave acusa-

ción se dulcifica y ablanda con un gesto de bondad, con un acento de misericordia. Mas, Barrere, no encontró ni tal gesto, ni tal acento. Fué arrogantísimo, implacable, cruel, como son crueles siempre los cobardes. Un secretario leyó el acta de acusación, y leída tal acta, la presidencia, por boca de Barrere, formuló con severidad las correspondientes interrogaciones, en cuyas respuestas había de hallar Luis XVI su primera y rudimentaria defensa. El Rey vaciló mucho sobre los procedimientos mejores á seguir en aquel trágico trance. Unas veces propendía en su interior al silencio; y otras veces propendía en su interior al combate con aquellos jueces, realmente sus acusadores, sus fiscales, sus enemigos, sus verdugos. El silencio quizá cuadraba mejor que ningún otro recurso á la majestad caída y destronada; mas, lector incansable Luis XVI de historias en el Temple, devoraba la biografía de Carlos I, escrita por Hume, acompañando esta lectura con meditaciones sobre las múltiples analogías entre su propia suerte y la suerte del Monarca inglés decapitado. Muy atento á su tragedia, recitándola casi de memoria, Luis huía de todos aquellos bajíos con que tropezara en su proceso Carlos I. Y como este infeliz rehusase defenderse y apelara, torpe, á un silencio profundísimo, arrepintiéndose de tal silencio en la hora de no tener ya su entuerto remedio, Luis decidió defenderse. Otro ejemplo triste diera Carlos I á la Historia y á la posteridad; no seguido por Luis XVI: la recusación total de sus jueces, la negativa incontrastable de admitir aquel su tribunal, por incompetente para juzgarlo y castigarlo. Jueces, tribunal, acusadores, acusación, defensa, respuestas al interrogatorio, todo lo admitió Luis XVI, bien al revés de lo hecho por su predecesor y por su pariente Carlos I. El interrogatorio, ya lo hemos dicho, resumía todas las quejas en los revolucionarios suscitadas por las tremendas luchas del Rey con los pensamientos y los hechos de la revolución. El interrogatorio no quería perdonar á un hombre, nacido en el trono, que intentara en el trono morir. Actos de Luis XVI cumplidos, cuando su absolutismo le dejaba libertad absoluta en sus poderes y en sus facultades, eran evocados por la Convención, exigiendo responsabilidades, imposibles de todo punto, dado el antiguo régimen y los caracteres de la tradicional realeza. Esta injusticia de la Convención rebotó en su contra, pudiendo así ver todo el mundo, que aquello no era juicio; que aquello era una batalla.

Todos los incidentes del cruentísimo litigio entre la monarquía y la libertad, salieron en aquella colada: disposiciones contra los Estados generales, que les obligaran al juramento del Triaquete, reunión de tropas en los alrededores de París, intentando imponer al pueblo el despotismo; propósito generador del ataque y asalto á la Bastilla; repugnancias al ejercicio de la regia sanción en los decretos sobre bienes eclesiásticos, sobre clérigos injuramentados, sobre derechos naturales; excitaciones á los guardias de corps para que hollasen desatentados en el teatro de Versalles las escarapelas revolucionarias; fusilamiento de los peticionarios en el campo de Marte, día diez y siete de Julio; fuga imperdo-

nable de Varennes; complicidad con el tratado de Pilnitz, en que los Reyes extranjeros se habían comprometido á restaurar sobre Francia la vieja monarquía; despedida de los ministros girondinos desoyendo la voluntad del Parlamento; conjura perpetua contra la honra de todos los primates demócratas; conatos de reacción promovedores del irreverente ingreso é irrupción de las muchedumbres en las Tullerías el veinte de Junio; combate mortal del diez de Agosto, con sus terribles incidencias; todo el conjunto de la revolución. Luis XVI respondió á varias preguntas capitales con alguna entereza, mas á casi todas con cínicos embustes. Adujo en su defensa no conocer precepto alguno, prohibitivo de sus proceder con los Estados generales; mandar en absoluto las tropas y por lo mismo tener derecho á conducir las donde quisiese, hasta en el día de la Bastilla; usar del privilegio de su veto, haciendo algunas observaciones á leyes que le parecían abominables; repartir sus dineros propios según le pluguiese, no por impulsos de corruptor, por impulsos de caritativo; carecer de toda participación directa ó indirecta en los fusilamientos del Campo de Marte la tarde del diez y siete de Julio; haber protestado contra las maquinaciones de Pilnitz y puéstolas en conocimiento de sus ministros responsables á quienes aquel negocio concernía; ser siempre un Monarca sugeto á las leyes, lo mismo cuando les leyes le daban facultades y privilegios absolutos, que cuando las leyes le imponían las limitaciones constitucionales. En todo esto no careció de habilidad. Y esta excepcional habilidad, se convirtió en una elocuente y sincerísima defensa personal, hecha con mucho calor de palabra y muchísimo estro de sentimiento, al verse acusado sin razón, de haber la sangre de aquel pueblo vertido, en cien ocasiones, sin misericordia. Y al decir esto, no cabe dudarlo, asistiale y acompañábale toda razón y justicia. Luis XVI, por lo mismo que supo morir, no supo matar. En muchas ocasiones, quizás redimiera sus cautiverios consecutivos, si determinara un verdadero combate al pueblo. Mas, esperanzado en que la sangre de los irruptores extranjeros, se vertiera en obsequio al restablecimiento de su despotismo, no quiso verter sangre francesa. La guerra y lucha del diez de Agosto, se redujo, según él, á una defensa de su palacio y de su persona, sitiados por un asedio popular enorme; y en cuanto pudo dar una orden, la dió imponiendo á sus defensores y partidarios que cesaran el fuego. En este momento de su defensa, Luis llegó á encenderse á sí mismo y á sentir el calor de un verdadero sentimiento, incompatible con su pasividad, y á expresar este calor con un verbo, impropio de su natural sobriedad en el uso y en el ejercicio de la palabra. Y, exceptuado esto, no debe darse defensa tan feliz, como la defensa del cuitado. A los cargos más evidentes, opuso los embustes más escandalosos; á las noticias más exactas, las negativas más deprimentes de su honradez y de su ingenuidad; él negó los hechos más claros, la conspiración perpetua con los clérigos injuramentados, contra los clérigos juramentados; el envío de ministros y embajadores suyos personales, á las Cortes extranjeras, contra los ministros y embajadores legítimos; aquella conjura permanente que lo llevó al